

PRIMERA PARTE

Las seis mesas del mago

Bajo un cielo sin sueños

Los domingos por la tarde son un mal momento para tomar decisiones, sobre todo cuando enero cubre la ciudad con un manto gris que ahoga los sueños.

Iris había salido de casa después de comer sola frente al televisor. Hasta la muerte de sus padres en accidente de tráfico, no había dado tanta importancia al hecho de no tener pareja. Tal vez por su timidez incurable, veía casi normal que a sus treinta y seis años su experiencia sentimental se hubiera limitado a un amor platónico no correspondido y a unas cuantas citas sin continuidad.

Desde aquel terrible suceso, sin embargo, todo había cambiado. Las aburridas jornadas como telefonista de una compañía de seguros ya no tenían como compensación el fin de semana familiar. Ahora estaba sola. Y lo peor de todo era que había perdido incluso la capacidad de soñar.

Hubo un tiempo en el que Iris era capaz de imaginar toda clase de aventuras que daban sentido a su vida. Se veía a sí misma trabajando en una ONG, por ejemplo, donde un cooperante tan retraído como ella se enamoraba de sus huesos y le juraba en silencio amor eterno. Se comunicaban a través de poemas en una clave que sólo ellos podían descifrar, retrasando el momento sublime en el que se fundirían en un abrazo interminable.

Aquel domingo, por primera vez, tuvo la conciencia de que también aquello había terminado. Tras recoger la mesa y apagar el televisor, un silencio opresivo se había apoderado de su pequeño apartamento. Sintiendo que le faltaba el aire, abrió la ventana y vio aquel cielo plomizo sin aves.

Al pisar la calle tuvo un sentimiento de fatalidad. No se dirigía a ningún sitio, pero a pesar de todo tenía el presentimiento de que algo terrible la acechaba y la atraía como un abismo.

Tal como ocurría todos los domingos, el barrio residencial en el que Iris vivía se hallaba tan desierto como su alma. Sin saber por qué, se encaminó como una autómatas hacia el puente bajo el que circulaban los trenes de cercanías.

Un viento helado y silbante azotaba sus cabellos, mientras ella contemplaba el foso surcado de raíles a modo de brillantes cicatrices. Iris consultó su reloj: las cinco de la tarde. Pronto pasaría el tren en dirección al norte. El domingo había uno cada hora.

Sabía que, tres segundos antes de aparecer, el puente temblaría como si se desatara un pequeño terremoto. El tiempo justo para inclinarse hacia el vacío y dejarse vencer por la fuerza de la gravedad. Un breve vuelo hasta que el convoy la embistiera antes incluso de tocar tierra.

Todo sucedería muy aprisa. ¿Qué es un instante de dolor comparado con una vida llena de amargura y desilusión?

Sólo la entristecía pensar en todo lo que dejaba para siempre por hacer. Y, por alguna razón, también la perturbaba saber que causaría molestias a los usuarios del tren. Los servicios se interrumpirían un buen rato mientras su cuerpo sin vida esperaba la llegada del juez y el fo-

rense. Menos mal que los domingos hay pocos pasajeros y los que viajan no suelen tener mucha prisa. Aquel contra-tiempo no les haría perder ninguna cita importante, y esto la consolaba.

Mientras pensaba estas cosas, el puente empezó a temblar y sintió cómo su cuerpo se plegaba espontáneamente hacia delante. Estaba a punto de cerrar los ojos para aceptar la caída, cuando un estallido a sus espaldas la detuvo de repente.

Iris se dio la vuelta, con el corazón encogido por el sobresalto, y vio a un niño de poco más de seis años. En la mano llevaba los restos del globo que acababa de pinchar para asustarla. La despidió con una breve risotada antes de salir corriendo calle abajo.

Lo siguió con la mirada a la vez que sentía cómo un sudor frío le empapaba la nuca y las manos. Le hubiera gustado correr tras él hasta atraparlo. Pero no para reprenderle, como pensaba el pequeño, sino para darle un abrazo porque acababa de salvarle la vida.

Antes de que pudiera darle alcance, una mujer gruesa salió de la esquina con las mejillas encendidas y lo llamó:
—¡Ángel!

El niño se apresuró a aferrarse a su madre y miró hacia Iris receloso, como si temiera que pudiera denunciar su travesura.

Pero Iris no pensaba en nada de esto. Sólo lloraba sin cesar porque empezaba a darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer.

Cuando las lágrimas dejaron de nublar sus ojos, de repente se fijó en un café que nunca antes había visto en aquella esquina por la que tan a menudo pasaba.

«Debe de ser nuevo», se dijo, aunque el aspecto de aquel local no apoyaba esa suposición.

Hubiera podido pasar por una de esas tabernas irlandesas, todas tan parecidas, de no ser porque tenía un aire de autenticidad que lo hacía único. En el interior, dos lámparas amarillentas pendían sobre las mesas rústicas, sorprendentemente concurridas a aquella hora del domingo.

Pero lo que más le llamó la atención fue el rótulo luminoso que parpadeaba entrecortadamente sobre la puerta de entrada, como si se empeñara en llamar su atención. Iris se detuvo un instante y leyó en voz baja:

EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO
ES AQUÍ MISMO

Nubes que pasan

Resultaba un nombre muy largo y extraño para un café. Quizás fue eso —era curiosa por naturaleza— lo que la decidió a entrar. Al traspasar el umbral ninguno de los clientes levantó la cabeza para mirarla ni pareció advertir su presencia.

Sólo el hombre que se veía tras la barra, un casi anciano de abundante melena blanca, saludó su entrada con una sonrisa, un signo de hospitalidad universal.

De las seis mesas, cinco estaban ocupadas por parejas o grupos de amigos que charlaban en voz tan baja que apenas podía oírse nada de lo que decían.

Dado que por aquella parte del barrio siempre pasaban las mismas personas, Iris se sorprendió de no conocer a ninguno de los clientes del café, donde en aquel momento sonaba una vieja canción de los Beatles que le había gustado mucho de adolescente:

*«And in the end, the love you take is equal to the love you make...»**

Se quedó un rato de pie escuchando esta canción, que le traía recuerdos tan dulces como lejanos. Luego se dis-

* Del inglés: *Al final, el amor que obtienes equivale al amor que has creado.*

puso a salir del local, pero el hombre del pelo blanco le indicó desde detrás de la barra con un gesto que podía ocupar la mesa libre.

Iris no se atrevió a contradecirle.

Como si por haber escuchado la música ahora estuviera obligada a consumir, se sentó obedientemente a la mesa y pidió una taza de chocolate caliente.

Al enérgico tema de los Beatles siguió una cansina balada de Leonard Cohen: *I'm your man*.

Mientras acercaba el chocolate caliente a los labios, Iris se encontró repentinamente bien. De algún modo, se sentía acogida por aquellos extraños del café que se comunicaban a través de susurros.

Entrecerró los ojos mientras traducía mentalmente la canción de ese cantautor de Québec que había sido cocinero en un templo zen —lo había leído en una revista— antes de regresar a los escenarios. La balada decía más o menos: *Si quieres un médico, examinaré cada pulgada de ti. Si quieres un conductor, ya puedes subir. O si eres tú quien quiere llevarme de paseo, sabes que puedes porque...*

—...soy tu hombre.

Iris abrió los ojos asustada.

Creía haber oído aquella voz masculina y grave en sus pensamientos, pero lo cierto era que había un hombre sentado a su mesa, justo enfrente de ella. La contemplaba con curiosidad, mientras apoyaba la barbilla sobre el reverso de su mano. Debía de tener más o menos su edad, aunque los cabellos ligeramente grises le conferían un aire más maduro de lo que revelaba su piel, libre de arrugas.

Lo apropiado hubiera sido pedirle que se marchara inmediatamente —se dijo ella—. Las normas básicas de educación dictan que, aunque un local esté lleno, hay que pe-

dir permiso para compartir mesa. Sin embargo, antes de hacerlo no pudo dejar de preguntar con estupor:

—¿Cómo has adivinado...?

—¿...que traducías la canción? —dijo con la misma voz que ella había oído con los ojos cerrados—. Es lo normal en este café y en esta mesa.

Iris se quedó sin habla unos segundos antes de preguntar:

—¿Qué quieres decir?

Enseguida se arrepintió de haberle tuteado, pero de algún modo aquel hombre le transmitía confianza. Era como si no le resultara del todo desconocido.

—Nos encontramos en un lugar especial —señaló hacia la barra—. El dueño de este café no es un hombre cualquiera.

Ella aguardó en silencio que él prosiguiera. El desconocido bajó aún más la voz al explicar:

—Es un ilusionista. Uno de los mejores. Y también un hombre de mundo. Tuvo mucho éxito, pero hace ya unos cuantos años que se retiró.

—¿Un ilusionista? —preguntó ella.

—Eso mismo, un mago. Un prestidigitador a la antigua usanza. Él es quien te ha servido el chocolate.

Asombrada, Iris dirigió la mirada instintivamente a la barra, donde el hombre de pelo blanco asintió con la cabeza, sonriendo a modo de confirmación. Le observó mejor: se ocupaba en secar varias filas de vasos. Pero había algo en él muy especial, incluso estando ocupado en una actividad tan vulgar como aquélla. Iris también se dio cuenta de que sus movimientos no parecían los de una persona mayor, como si su cuerpo conservara la juventud de sus mejores años. Tenía un aire a la vez decadente y distinguido, como les ocurre a los galanes de las fotos antiguas.

El joven del pelo gris continuó con sus explicaciones.

—Y si el dueño es especial, el café no lo es menos. Cada una de las mesas tiene extrañas propiedades.

—¿Qué clase de propiedades?

—Digamos que tienen cierta magia.

Iris estaba convencida de que el desconocido quería tomarle el pelo, igual que un adulto con un niño pequeño. Reparó en un anillo que llevaba en el pulgar. Sólo había conocido a una persona que llevara anillos en ese dedo: su padre. Esa insólita razón hizo que se sintiera repentinamente cómoda. Más aún: de repente le apetecía que aquel hombre, el cual tenía un suave acento extranjero, le tomara el pelo.

—¿Ah sí? ¿Cuál es la magia, entonces, de la mesa a la que estamos sentados? —preguntó.

—Quien se sienta donde yo estoy puede leer el pensamiento de quien ocupa tu lugar. Por eso he podido saber que estabas traduciendo la canción de Leonard.

—Bobadas —replicó con una seguridad nada propia de ella—. Debes de haber leído en mis labios que la estaba tarareando y has querido hacerte el listo.

—¿Necesitas otra prueba? —contrató divertido mientras se recostaba en el respaldo de la silla—. Pues voy a dárte-la: ahora mismo estás pensando que no me has visto nunca por el barrio. Te estás preguntando qué hago aquí y cuál es mi origen, porque aunque hablo bien tu idioma, la entonación no termina de sonarte natural.

Era obvio que Iris conocía de vista a sus vecinos, y él mismo era consciente de su acento extranjero. Aquello era pura lógica, no magia. Sin embargo, para no decepcionarle, decidió aplicar una máxima que había aprendido en la facultad de Periodismo: «Nunca dejes que la realidad te estropee una buena historia».

Se quedó unos segundos pensativa. Todo aquello podía ser un truco de seductor profesional.

—Por supuesto, también sé lo del anillo —dijo en ese momento su acompañante.

—¿Qué anillo? —dijo ella, boquiabierta, mientras sentía acelerarse sus pulsaciones.

—Sé que te ha hecho pensar en una persona querida. Y te estás preguntando si me parezco a ella en algo más, además de en el anillo que llevo puesto. También sé que esa persona hace poco que se fue para siempre y que su ausencia te entristece mucho.

Con fingida indiferencia, Iris sorbió lentamente su taza de chocolate antes de responder:

—Por lo tanto, debo tener cuidado con lo que pienso.

—Yo no diría eso. Los pensamientos en sí no son buenos ni malos, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Según los estudiosos, cada día tenemos unos sesenta mil pensamientos. Positivos y negativos, banales y profundos. No hay que juzgarlos: son como nubes que pasan. Somos responsables de lo que hacemos, pero no de lo que pensamos. Por eso, cuando alguna idea te angustie, simplemente ponle la etiqueta «pensamiento» y déjala pasar.

«Habla bien, este tipo», se dijo Iris mientras se preguntaba, intrigada, si efectivamente podía leerle la mente.

—Respondiendo a lo que pensabas antes —siguió él—, has acertado: no soy del barrio. Ni tampoco de este país. A veces sospecho incluso que no soy de este planeta, que he caído aquí por accidente de algún mundo lejano. Y me he pegado un tortazo tan grande que he olvidado incluso de dónde vengo. Para saberlo, tendré que esperar a que mi nave pase a recogerme.

Iris se reía por dentro mientras le escuchaba. Si pretendía ligar con ella, iba por el buen camino: de momento ya se había ganado su simpatía.

—Sabrás al menos cómo te llamas —intervino ella.

—Me llamo Luca.

—Es un nombre italiano, como tu acento —repuso sin revelarle todavía su propio nombre—. ¿Hay italianos viviendo en otros planetas?

—Todo es posible —repuso él con una sonrisa melancólica—. Pero si te soy sincero, no me importa demasiado. Sólo sé que tú y yo estamos ahora en este café.

Iris suspiró antes de repetir en voz alta el nombre del local:

—El mejor lugar del mundo es aquí mismo.

Perro pequeño busca amor grande

Lo sucedido el domingo por la tarde hizo que Iris empezara la semana con media sonrisa en los labios. De repente ya no le parecía un destino tan horrible atender las consultas telefónicas de una empresa de seguros. Estaba tan acostumbrada a responder siempre a las mismas preguntas que podía hablar y pensar en otras cosas al mismo tiempo.

La mañana se le hizo más corta que de costumbre mientras evocaba la tarde con Luca en el café inesperado.

Incluso aquel trabajo aburrido tenía sus misterios. Algo que a Iris le sorprendía desde hacía tiempo era lo que se conocía como «oasis sin llamadas». Tras largas horas con los teléfonos reclamando a los operadores de forma ininterrumpida, de repente callaban todos de golpe sin que hubiese una razón para ello. Como si hubiera pasado un ángel.

El oasis podía durar un par de minutos a lo sumo, tras los cuales los monitores volvían a parpadear con la llegada de un nuevo aluvión de llamadas.

Como era su costumbre, Iris aprovechó esta pausa en medio del fragor para hojear uno de los periódicos gratuitos que circulaban por las mesas. Pasó, de atrás hacia delante, por las páginas de televisión y deportes. Tras leer los titulares de sociedad, se detuvo en un anuncio a pie de página que despertó su curiosidad.



La ilustración de aquel perrito para adoptar, bajo el cual había un número de teléfono, le traía recuerdos agradables. Se parecía a un chucho sin raza que había conocido muchos años atrás. Fue en un albergue de montaña donde había pasado el mejor fin de semana de su vida.

Dio las gracias al perro del anuncio por haberle devuelto unos recuerdos ya olvidados. En medio del oasis, cerró los ojos para tratar de recuperar aquellos días dorados.

Iris tenía dieciséis años y había viajado con su escuela para pasar cuatro días en la nieve. A las tres de la madrugada había subido a un autocar lleno de esquíes, botas y pocas ganas de dormir.

Ella no sabía esquiar, pero deseaba fervientemente conocer la nieve. Había visto alguna suave nevada en su ciudad sin que llegara a cuajar. Aquella sería la primera vez que viajaría a un mundo totalmente blanco.

El paisaje invernal la entusiasmó, aunque sus pinitos con el esquí terminaron bien pronto. Mientras bajaba haciendo cuña por una pista de nivel elemental, dio un traspíés y cayó de bruces sobre la nieve. Se había torcido un tobillo. Desde aquel lecho inmaculado, Iris vio cómo una figura naranja giraba veloz y prácticamente volaba hacia ella.

Aquel socorrista de la nieve tendría poco más de veinte años. Cuando se inclinó sobre ella para preguntarle cómo estaba, supo que ese chico de cara un poco ancha le gustaba. Tras quitarle la bota, había tomado con suavidad su pie frío para hacerlo rotar con mucho cuidado. Cuando Iris liberó un grito de dolor, el chico dijo:

—Creo que te has fracturado el tobillo.

Acto seguido la tomó en brazos para bajarla a pie de pista, donde se encontraba una unidad de primeros auxilios. Iris se sintió como una princesa en brazos de su príncipe azul, aunque vistiera de naranja. Al llegar abajo, ya estaba enamorada del socorrista.

Para sorpresa de sus compañeros, ella se negó a regresar a su casa para que la viera un médico de la ciudad. En lugar de eso, prefirió quedarse los días restantes en la cama del albergue con un vendaje provisional y los antiinflamatorios.

A la mañana siguiente, tras el desayuno, sus compañeros salieron cargando palos y esquís y ya no regresaron hasta media tarde. Aunque apenas podía moverse y los dolores iban y venían como ráfagas insoportables, ella temblaba de felicidad. El motivo era que Olivier —así se llamaba el socorrista— le había prometido acudir al mediodía para traerle un bol con sopa y pan recién hecho.

Fue una visita breve que ella aguardó con gran emoción. ¿Sería cierto que, como decía el Principito al zorro, la felicidad consiste en poder esperarla?

No pasó nada especial entre ellos, porque el socorrista se mantenía en una cortés distancia y tampoco era muy hablador, pero Iris vivía aquel gesto como un alud de amor.

El segundo mediodía que apareció en la puerta con su anorak naranja y el bol bajo el brazo, entró tras él un perrito muy parecido al que acababa de ver en el anuncio. El animal corrió hasta la cama de Iris, subió sobre su regazo y se sacudió sonoramente para desprenderse de la nieve.

Al ver que la había llenado de polvo blanco, Olivier se sofocó y quiso ahuyentar al chucho de un manotazo.

—¡No, por favor! —le había implorado ella—. Deja que se quede un rato conmigo. ¡Está helado!

El socorrista vio divertido cómo el perro se acomodaba orgulloso sobre el regazo de su protectora.

—Es un perro faldero —dijo su amo sonriendo—. Pasaré a recogerle en un par de horas, cuando termine mi turno. ¡Pórtate bien, *Pilof!* —añadió antes de salir del albergue cerrando la puerta.

Iris había conseguido lo que quería: Olivier regresaría para recoger a su perro, que ya cerraba los ojos y lanzaba pequeños gemidos convocando el sueño. Al recordarlo ahora, casi podía aspirar el olor a perro mojado que impregnaba toda la habitación.

Una figura desgarbada devolvió a Iris a la oficina donde volvían a parpadear todos los teléfonos.

—¿Qué te pasa? —le recriminó el jefe de turno— ¿No ves que hay llamadas?